

**Cragolini, Mónica Beatriz (comp.) (2014),
*Extraños modos de vida. Presencia nietzscheana
en el debate en torno a la biopolítica*, Buenos
Aires, La cebra, 285 páginas.**



157-161

Ana Sorin*

Fecha de recepción

31/05/2016

Aceptado para su publicación

24/02/2017

Extraños modos de vida es el tercer volumen editado a partir de los debates surgidos en los grupos de investigación dirigidos por Mónica Beatriz Cragolini y María Luisa Pfeiffer en el marco del Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires. En esta oportunidad ha sido la noción de “vida” la cifra que ha permitido hilvanar aquí sus reflexiones.

Si bien la noción de vida comenzó a finales del siglo XIX a adquirir paulatinamente mayor pregnancia (respondiendo en parte a cierto tono epocal: su recurso se hace palpable, por caso, en el pensamiento diltheyano, en el simmeliano y el bergsonianos, por nombrar algunos), su tratamiento aquí responderá específicamente a su acepción postnietzscheana a partir de la interrogación constante acerca de su herencia y efectos biopolíticos. La particularidad de la acepción presentada por Nietzsche redonda, básicamente, en la consideración de cierta negatividad inherente a la vida. Si Dios ha muerto –esto es, si no es posible posar un horizonte último de sentido como justificación de todo lo que es–, entonces lo viviente ya no es material, macilla ni cartografía de un designio supremo, y las preguntas acerca del *cómo*, del *por qué* o incluso del *qué* de las cosas (el antiquísimo *ti esti*; socrático) detonan hasta el infinito. La biopolítica, la teoría queer, la deconstrucción y la filosofía de la diferencia nombran tan solo algunas de las dimensiones cuidadosamente estudiadas en este volumen,

* UBA-CIN. Correo electrónico: ani.sorin@gmail.com

intentando recuperar el peso e impacto de aquella abismalidad radical sobre nuestros (extraños) modos de pensarnos a nosotros mismos.

En el primer artículo, “Sobre algunas (in)ciertas afinidades electivas: la presencia de Nietzsche en los debates biopolíticos contemporáneos”, Cragnolini argumenta en qué términos la noción de vida nietzscheana lo aparta decisivamente tanto del vitalismo cuanto de la filosofía de la vida (*Lebensphilosophie*) y del romancismo. El motivo central ha sido ya delineado de la mano anteriormente: en los tres casos la vida se piensa como principio unificador de la diversidad de todo lo que es (sea bajo la figura del flujo, de la totalidad o del devenir). La negatividad resulta o bien obturada, o reconducida y absorbida en una unidad ulterior. De Goethe al debate entre preformismo y epigénesis, Cragnolini desarrolla un cuidadoso rastreo de las distintas perspectivas, reconstruyendo sus principales fuentes y reponiendo su sentido contextual. La única alternativa que haría plausible pensar a Nietzsche cual vitalista redundaría en enfatizar su aspecto ético, sus estrategias de resistencia frente a los cuidados de la vida sedimentados y hechos hábito.

Por otro lado, Mario Martín Gómez Pedrido realiza un puntilloso análisis del engarce específico de las nociones de vida, voluntad de poder y temporalidad en “La afirmación instantánea de la Vida como Voluntad de Poder en Also sprach Zarathustra”. Según estipula, la vida responde y adquiere su sentido sobre las distintas configuraciones de la voluntad de poder, y esta se sustenta en el eterno retorno como su horizonte temporal. Nuevamente hace aquí su entrada cierta negatividad, en cuanto este último no puede considerarse en términos de una linealidad espacial (un pasado ya sido y un futuro por venir) sino de la eterna repetición del instante. Gómez explica cómo esta repetición (y allí, el querer de lo no querido) oficia como “desubstancializante”, deslizando cierta diferencia que altera de cabo a rabo el horizonte metafísico de finales del siglo XIX.

Desde otra perspectiva, María Luisa Pfeiffer reflexiona acerca del impacto aún vigente de la tesis dualista –vía iluminismo, vía mecanicismo– en la bioética y la biopolítica. Si bien Nietzsche habría hecho uso de los términos disponibles en su época para discutir el esencialismo estático y pensar la vida en términos dinámicos (privilegiando el *Lieb* frente al *Körper*), la autora enfatiza de qué manera aquel sigue apelando a una estructura vital jerárquica. A la par que valora la contraposición entre Apolo y Dionisos, argumenta que el desborde de este último borra los límites dentro de los cuales los cuerpos viven, se alimentan y aparean, sueñan, interactúan, etcétera. Pfeiffer llama a deconstruir los sentidos dados, inscribiendo un sentido de *bios* que permita dar cuenta de la potencia y la regularidad en comunidad de los cuerpos finitos. A partir de otras tesis y lecturas pero rumiando interrogantes no tan lejanos, “¿Cómo hacer(se) de un *corpus* teórico?: Consideraciones tecno-bio-grafo-políticas de las tecnologías del nosotrxs”, de Virginia Cano, relee aquel *dictum* zaratustreano que considera que el

cuerpo es la gran razón, esta vez a la luz de las formulaciones de Michel Foucault, pero también de Judith Butler y de Beto/Beatriz Preciado. Acorde a este panorama, el cuerpo se ancla y (sobre)vive solo a título de impropiedad, no solo porque allí se inscribe todo nosotrxs o en cuanto permanece siempre inconcluso *entre* el abanico de procedimientos ortopédicos que lo animan (según la reformulación de Preciado de la teoría foucaultea, podemos hablar ahora de “tecnologías blandas de poder”), sino porque ya no es resto ni expresión de sustancia incorpórea alguna: resulta imposible ubicar cualquier brújula que trace los límites entre lo ajeno y lo propio. Antes bien, Cano propone pensar el cuerpo mismo en términos escriturales, sitio de (re)inscripción protésica significante.

Hernán Candiloro tematiza la cuestión del animal en “El animal racional revisitado. Una indagación en los fundamentos metafísicos de la biopolítica contemporánea a partir de Heidegger”. De acuerdo a su enfoque, para interpelar los fundamentos metafísicos de la biopolítica es necesario rearticular la pregunta por el sentido del ser del hombre –esto es, tender una ontología fundamental– y revisar críticamente la definición “animal racional” postulada por Aristóteles. El enclave fundamental del artículo de Candiloro trabaja sobre la tesis que Heidegger propusiese en *Los conceptos fundamentales de la metafísica* acerca de la “pobreza de mundo” del animal. Su hipótesis descansa en cierta petición de “transvaloración” de dicha pobreza en cuanto, según argumenta, no debe ser entendida como una privación que oficiase de criterio de distinción entre hombres y animales, sino a partir de un no-tener anterior y ciertamente más originario que mancomuna a hombres y animales. “Animales políticos: Lévinas, Bataille, Derrida”, autoría de Sebastián Chun, también trabaja la cuestión de la animalidad pero, en esta oportunidad, desde una óptica radicalmente distinta. En primer lugar, analiza cómo en *Totalidad e Infinito* el pensamiento levinasiano niega la noción de rostro al animal, convirtiéndolo por tanto en un “ente a la mano”. El texto relaciona este desdén con el que tuviera Lévinas con los palestinos (que, a su vez, Howard Caygill vincula con el silencio heideggeriano ante el holocausto). El autor da cuenta hábilmente del distanciamiento con Derrida, allí donde es la raigambre postnietzscheana la que opera de (no) fondo en sus posicionamientos ante el resto de los vivientes. En el caso de Bataille, Chun lee *Teoría de la religión*, y si bien da cuenta de distintos elementos ambivalentes en relación a la animalidad, concluye que la noción de soberanía que subyace a su lógica sacrificial (y que sienta un proyecto político específico) es aún clásica y teleológica. Frente al totalitarismo levinasiano y al sacrificio batailleano, Chun remitirá a la democracia por venir derrideana, en cuanto –en su carácter de propuesta y no de proyecto–, se ancla en la justicia como cuasi-trascendental y permite pensar las fronteras (como espacio de conflicto, tránsito e incesante reinscripción) entre los vivientes.

Continuando con las cavilaciones derrideanas, Gabriela Balcarce en “La eficacia de una corporalidad paradójica: la figura del espectro en la filosofía derrideana”

elucida la noción de espectro recuperando su eficacia en términos políticos. Estas reflexiones hallan lugar específicamente luego de la caída del muro, ante la postura de Fukuyama del fin de las ideologías (y, en su lectura, del éxito de la democracia liberal) y frente a los presupuestos teleológicos de Marx (que deslizan conceptos de Historia y de vida directamente eslabonadas a la noción de síntesis, y por tanto a cierta unidad y positividad). Es allí que decanta la urgencia de pensar la herencia en toda su fecundidad histórico-política. Balcarce invita a pensar la escatología espectral derrideana, permitiendo pensar la historia como historicidad y analizando su densidad y efectualidad (que ciertamente confunde los límites entre cuerpo-alma, muerte-vida, acción-pasión y, en general, de todos los pares de opuestos tradicionales).

Por otro lado, Noelia Billi propone en “Afuera, una imagen de la genealogía entre Foucault y Blanchot” una filiación subterránea entre ambos pensadores franceses. Según sugiere, compartirían cierta lógica y ciertas operaciones que descompondrían la presencia como forma rectora de la vida. La genealogía foucaultea –el análisis e interpretación de las instituciones que nos pueblan– tendría no tanto la función de conservar o reafirmar nuestra identidad, sino enseñar su precariedad y, más aún, su disrupción. Sería la imaginación de aquel “afuera”, como insterticio o “no lugar”, lo que se vincularía con el neutro de Blanchot. El artículo estudia pormenorizadamente cómo esta noción de alteridad (que apela a un impersonal indeterminado, no obstante no trascendente, esto es, no aséptico) explota la muerte de Dios. Billi argumenta de modo perspicaz el sitio de (lejanísimo) encuentro entre ambos autores, allí donde ambos desordenan la presunta patencia de la vida.

El artículo de Fleisner, “De disfraces y vestiduras o sobre diversos modos de vestir la vida”, reflexiona acerca de la noción agambeniana de “nuda vida”, desarticulando especialmente aquella lectura crítica que la pensase como fondo o sustrato originario apolítico. La autora busca cifras interpretativas en sus textos juveniles para indicar cómo se trata siempre de un desnudamiento, es decir, de una operación que rehúye a cualquier concepción estática y que justamente dismantela el relato de la simetría y pureza del ser. No “hay” desnudez sino “puesta al desnudo” nos dice Fleisner, enfatizando cómo es la literatura (y, no por caso, la biología) la dimensión agambeniana privilegiada para pensar la vida. En “El *páthos* apático de la re-sistencia. La impronta heideggeriana...”, Jorge Roggero distingue el diagnóstico biopolítico (“*pars destruens*”) que ejerce Agamben de las claves que aporta para pensar su resistencia (“*pars construens*”). Si no hay un afuera de la biopolítica, ¿desde dónde siquiera vocalizar una respuesta, un contra-movimiento que desestabilice lo dado sin reproducirlo? Roggero propone revisar la obra ya publicada del autor y leer al musulmán en clave heideggeriana, a partir del *páthos* apático. A partir de un cuidadoso tratamiento, explica de qué modo específico este permite acusar recibo de la indeterminación del mundo.

Recordando el latín *sistere* –que mienta el verbo transitivo de poner o erigir– aquí la re-sistencia se inscribe allí como ex-sistencia.

Por último nos encontremos con dos textos en clave deleuzeana: “Biopolítica de la beatitud”, de Julián Ferreyra, y “El concepto de ‘vida’ en el último escrito deleuziano: hacia una revisión de la lectura agambeniana”, de Fernando Gallego. El primero es un artículo bastante particular que desafía de buenas a primeras los confines estilísticos de la escritura académica. El texto rebasa, toma y se confunde con su otro, y reactualiza copiosamente el interrogante acerca de cómo plantear una biopolítica de la beatitud: cómo, si esta nos reconduce al infinito sin coto, y si allí nuestro lenguaje –predicativo, referencial– pierde su efectividad y gira impotente sobre sí. ¿Cómo pensar una biopolítica de la inmanencia si, muerto Dios, ya no hay sostén? El texto de Gallego plantea un debate abierto con las tesis que propusiera Agamben en “*L'immanence absolue*” acerca de la vinculación de las filosofías deleuzeanas y foucaulteanas. Según arguye, éstas terminan por desestimar su fecundidad en términos biopolíticos. Los argumentos que despliega Gallego son numerosos y detallados, pero baste mencionar que el elemento que conduce a reformular lo vital y lo político no redundaba meramente en la cuestión del ser sino en una crítica del sentir: no es más ontológico que estético.

Escrito en muchas lenguas, *Extraños modos de vida* conjuga estilos y abordajes disímiles, aportando una contribución de auténtico valor al campo de estudio (cuyas sendas y resonancias se encuentran aún en vías de tránsito y exploración en los debates actuales) y, más importante, a los interrogantes acerca del problema, la extensión y el tratamiento de lo viviente.